

“Y así, que quien se quisiere casar, hará bien, y quien no se casase, mejor: que de ambas cosas las deja Dios la elección libre; pero les advierte que los que se casan se encargan de una infinidad de trabajos, disgustos y pesadumbres; pero que con todo, aunque se casen, él los perdona... De qué cuidados de honra, de qué embarazos de hacienda, de qué molestias de hijos, de qué peligros de casa, de qué disgustos de condición y de qué montaña de inconvenientes se libran los que se consagran en estado puro a Dios.”⁸

Si, como parece cierto, D.Cristóbal estuvo enamorado en su juventud de una señora, por nombre Serafina, a la que dedica alguna de sus obras, no nos puede extrañar que lapide cuanto pueda a las mujeres, como venganza, por no haber sido correspondido. Iremos viendo a lo largo del artículo las diversas manifestaciones que utiliza en contra de ellas. Sirva el texto en el que culpa nuestro escritor a las señoras de intranquilizar las almas como ejemplo de estas afirmaciones:

“No hacen más las mujeres en pecados de flaqueza que hombres doctos en pecados de justicia: éstos, por perdonar, y aquéllas, por vergüenza, callan las culpas e infiernan las almas.”⁹

Tiene para Lozano la mujer una importancia especial como compañera del hombre y a la vez como conductora de actitudes ante la vida. Digamos que viene a ser la piedra angular del matrimonio, pues de ella depende la felicidad. Por tanto, se permite la licencia de aconsejar a los adúlteros no avasallar a mujer ajena, si no quieren perder la vida en ello. Tal vez observara D. Cristóbal cierta lascivia en la sociedad y que debía ser esta actitud denunciada y corregida. No olvidemos que este autor utiliza la crítica como modo de despertar en la gente la reflexión y que ni sacerdotes, ni monjas y ni siquiera el escritor Ginés Pérez de Hita se salvan de sus diatribas más encendidas y encarnizadas:

“Ojo al elegir mujeres, pues no sólo son la llave de la honra, sino también de la vida. Nadie agravie el nupcial lecho ni de mujer ajena busque gustos; pues tal vez la adúltera misma, que le ahogó aficionada, vendrá a ser su cuchillo, su perdición y muerte.”¹⁰

Feroces críticas reciben las señoras de parte de nuestro autor; tanto es así que las ve como unos monstruos, como unas hechiceras, ya que como unas serpientes encantan y asesinan, sin olvidar que por culpa de ellas perdimos España ante los moros. Realmente el texto habla por sí solo:

⁸ “Oración fúnebre evangélica en alabanza de Santa Lucía”, Parte I, Capítulo IV, en *El Hijo de David más perseguido, Jesú-Cristo, Señor Nuestro*. Madrid, 1676.

⁹ “El alcalde Ronquillo”, Parte I, Capítulo X, en *David perseguido y alivio de lastimados*. Madrid, 1661.

¹⁰ “Rosamunda”, Parte II, Capítulo XXVIII, en *David perseguido y alivio de lastimados*. Madrid, 1661.